

La juventud en Africa Central, tradición y futuro

por **D. Ernest Kombo**

*Conferencia pronunciada
el 23 de marzo de 1999*

Forum Deusto

La juventud en Africa Central, tradición y futuro¹

por Ernest Kombo*

Situación de Africa Central

Centraré mi exposición en los diez países que componen el Africa Central. Se trata de un inmenso espacio con casi siete millones de km² y ochenta millones de habitantes por lo que puede considerarse una región geográfica relativamente despoblada.

Esta región de Africa está atravesada, en la mayor parte de sus países, por la línea ecuatorial aunque, a la vez cuatro de los países que componen este conjunto tienen espacios desérticos. En general el clima ecuatorial y tropical es caluroso y húmedo de manera que casi la mitad de este espacio está cubierto por una densa selva.

El centro de Africa constituye un espacio con muchas riquezas naturales tanto en el suelo como en el subsuelo. La cantidad y variedad de minerales ha llevado a algunos a considerar esta región como un verdadero escándalo geológico. En efecto, los diamantes, el cobre, el oro y todo tipo de minerales atrajeron la atención de los países europeos desde el comienzo de su colonización.

Una región que, por otra parte, tiene su mayor capital y riqueza en su juventud. La edad media de la población es escandalosamente baja

¹ Conferencia adaptada de la pronunciada por Monseñor Kombo: «La jeunesse dans l'Afrique centrale: tradition et avenir».

* Monseñor Ernest Kombo S.J. es Obispo de Owando (República Popular del Congo), país en el que nació. Cursó la enseñanza secundaria en el Seminario de Mbamou y en 1965 entró en el Noviciado de los Jesuitas de Aix-en-Provence (Francia). En 1973 fue ordenado sacerdote. Licenciado en Teología y Gestión de Empresas, en 1976 comenzó a trabajar en el Ministerio de su país en Gestión de Recursos Humanos. En 1984 fue ordenado Obispo por el Papa Juan Pablo II, desempeñando su misión primeramente en Nkayi y después, desde 1990, en Owando. Actualmente el Obispo desempeña una importante labor en el seno de la Conferencia Episcopal del Congo.

cuando se la compara con la de los países europeos y, por ello, se trata de una población que mira, casi exclusivamente, al futuro.

Junto a estas riquezas nos encontramos, aunque pueda parecer paradójico, con una población empobrecida. El saqueo organizado tanto por las sociedades multinacionales como por los predadores locales conlleva el que las poblaciones de esta región se vean empujadas a las prácticas más vergonzosas y escandalosas que imaginarse pueda para poder sobrevivir.

Empobrecimiento debido, hoy en día, también a las guerras inacabables que proliferan, casi sin pausa, en una gran parte de los países que constituyen esta región. Las guerras han contribuido, de forma decisiva, a un empobrecimiento que no es sólo material sino que, sobre todo, afecta a los valores y a las estructuras sociales.

La juventud de Africa Central

¿Cómo se puede entender la situación de la mayor parte de la población, de los jóvenes, dentro de este contexto del Africa Central?

En primer lugar nos encontramos delante de una juventud que se encuentra completamente desorientada y desamparada. Desorientada porque han desaparecido en las ciudades, donde viven la mayoría de los jóvenes, los puntos de referencia de la sociedad africana tradicional y el encuadramiento que aseguraba la vida familiar a lo largo de generaciones.

Más tarde, en la época de la colonización, aparecieron las escuelas que, durante todo un tiempo, constituyeron el complemento de formación y lograron tender un puente entre el mundo tradicional y el moderno. Hoy en día la labor formativa de las escuelas ha desaparecido en gran parte. Los profesores y maestros mal retribuidos y, hasta algunas veces, no retribuidos durante meses se ven obligados a dedicarse a otras actividades lucrativas que aseguren la supervivencia de sus familias. Dejados a su merced, los profesores se ven envueltos en un ambiente de corrupción, ¡sálvese quien pueda!, contradictorio con la responsabilidad de formar a los jóvenes en los valores que consolidarán una sociedad justa en el futuro.

Han desaparecido en la juventud las creencias religiosas que, durante generaciones, articularon los valores espirituales y morales de la sociedad tradicional. Los jóvenes ciudadanos han sido asimilados por una

mentalidad materialista polarizada en el deslumbramiento de la riqueza y en un horizonte que se ciñe a lo inmediato. De esta forma se ha perdido el sentido profundo de las cosas y el respeto por valores sagrados como es el de la vida y el de la dignidad humana.

En definitiva, los valores culturales tradicionales que durante mucho tiempo, incluso durante el período colonial, constituyeron un punto de referencia importante para jóvenes que se abrían camino entre el mundo de sus antepasados, por un lado, y el mundo occidental, por otro. Hoy en día la mayor parte de la juventud ha perdido el respeto por unos valores culturales que desprecian como formando parte de un mundo arcaico que pervive en los ancianos y en las aldeas.

Los jóvenes en un ambiente bélico

La cuestión decisiva para los jóvenes de Africa Central, hoy en día, es la de cómo lograr sobrevivir en unos países en los que, salvo el Gabón y el Camerún, las guerras no cesan y envenenan las relaciones entre las poblaciones. Sobrevivir para los jóvenes no significa, en primer lugar, asegurar lo necesario para vivir cada día sino encontrar las estrategias que les permitan enriquecerse lo más rápidamente posible.

En una situación tan confusa y ambigua como es la generada por los conflictos bélicos y en la que las ordenaciones legales y la vigilancia policial desaparecen, en gran medida, son muchas las posibilidades ilegales que pueden permitir hacer mucho dinero en poco tiempo. La droga, por ejemplo, se convierte en un tráfico que genera dinero fácil y cuantioso. El saqueo de poblaciones que, atemorizadas, huyen y dejan, tras de sí, sus bienes. O bien el saqueo de bienes bajo la amenaza de las armas. En definitiva es la guerra la que ofrece y alimenta un mundo turbio en el que salen vencedores los más fuertes y audaces.

En muchos países es, precisamente, la juventud la que constituye la presa más codiciada por los jefes de tribu o los jefes de guerra. Además aparecen los jefes de milicia y los cazadores de primas que recorren los barrios y ciudades en busca de jóvenes que se incorporen a la lucha directa.

La consecuencia de todo ello es que la juventud, armada y drogada, paga el mayor tributo a la progresiva desestructuración de las sociedades africanas. Se utiliza la juventud contra ella misma y, de esta forma, se acaba empobreciendo lo que es la principal riqueza de toda esta región: la juventud.

En estos países despoblados los jóvenes al incorporarse a la guerra y matar participan en su propia asfixia y muerte. Los saqueos, por su parte, conducen, en último término, a una mayor pobreza porque los bienes fáciles, y mal adquiridos, nunca resultan provechosos. Y, desde el punto de vista de las carencias, el abandono de la producción de los bienes necesarios para sobrevivir acarrea la deshumanización de la juventud.

Al final, el resultado de la incorporación de los jóvenes en las guerras es un trastrueque básico de valores. Nos encontramos delante de jóvenes para los que, en la realidad cotidiana, no existen otros valores que los de la codicia, del egoísmo, de la cobardía y de la facilidad.

El punto de vista de los jóvenes

En una ocasión reuní a los jóvenes que formaban parte de los grupos de «*Renovación carismática*» y les pedí que me indicaran cuáles eran, desde su punto de vista, los mayores problemas que habían de afrontar los jóvenes. La respuesta fue tajante: no tenemos problemas. *Vosotros, los mayores, sois nuestros problemas.*

¿Qué querían decir con ello estos jóvenes? En primer lugar que los padres habían demisionado en los hogares y no eran ya capaces de urgir los principios y valores que habían de animar los comportamientos ni de oponerse y rechazar claramente conductas y opiniones erróneas.

Por otra parte los jóvenes denunciaban cómo las madres, en estas sociedades, se han convertido en holocaustos vivos de la suficiencia masculina. Los hombres continúan arrinconando a las mujeres y considerándolas como sirvientas sumisas que no han de reivindicar un papel diferente.

Para estos jóvenes los políticos constituían también su problema por el ejemplo de traición a la nación y a sus pueblos que representaban. Políticos venales a quienes preocupa, únicamente, el mayor enriquecimiento personal en el lapso más corto de tiempo. Constituyen nuestro problema, afirman los jóvenes, porque difuminan y diluyen el sentido del «bien común» que debe articular nuestras sociedades.

Los militares son, también, uno de los mayores problemas. Se trata de una amenaza pública puesto que nos encontramos frente a potenciales asesinos. Gente que actúa sometida a la autoridad de las armas y que carece de una mínima formación y de unos principios y valores que establezcan, como punto de partida, el valor de la vida y de la dignidad humana. Se trata, por el contrario, de mercenarios de las riquezas que

utilizan los instrumentos que cargan en sus brazos o espaldas, las armas, para amedrentar a la población y conseguir los bienes que deslumbran su insaciable codicia.

También, según los jóvenes, los sacerdotes y pastores forman parte de su problema. Aquellos de quienes se podía esperar una actitud de firmeza y denuncia frente a situaciones de injusticia flagrante, frente a asesinatos y frente al desmembramiento de la sociedad, se han mostrado, en muchas ocasiones, cobardes. Han preferido salvaguardar sus bienes, la vida, la consideración de la gente importante que la causa de los pobres y sufrientes. En el fondo son hipócritas, afirman los jóvenes, porque continúan predicando unos principios que no aplican en la práctica de estas sociedades en vías de descomposición ya que ello comportaría la desaparición de sus privilegios.

Otros que, por su vocación deberían estar del lado de la vida son los médicos. Sin embargo ellos también son señalados por los jóvenes como parte de su problema. Los llegan a definir como un peligro público porque no respetan su deontología. Médicos venales que utilizan la enfermedad para asegurar su enriquecimiento con el tráfico de medicamentos, de servicios y de favores de todo tipo.

Finalmente, también los periodistas son atacados por haberse vendido al poder y haber dejado a un lado el testimonio de la verdad. Mentirosos, dicen los jóvenes, que escriben al dictado del poder y que esconden las situaciones vividas por las sociedades en Africa Central.

Panorama riguroso y trágico el que trazan los jóvenes pero, a la vez, panorama lúcido porque es detrás de todos estos diagnósticos y acusaciones donde se encuentra la solución a una situación dramática.

La hecatombe de los valores

Quisiera ahondar en siete ámbitos fundamentales de la vida social en el centro de Africa porque pienso que nos ayudan a comprender, todavía más, la situación en que se encuentran los jóvenes africanos.

En primer lugar la *familia*. Para que la familia constituya un grupo estable es preciso que se asegure alguna entrada económica. En la práctica nos encontramos con que el trabajo agrícola está mal pagado y lo mismo ocurre con el funcionariado de todo tipo.

La única función bien pagada es la política pero se trata de un ámbito en el que se refugian aquellos que nunca han trabajado y que no

saben cómo se gestiona un balance familiar. Una de las consecuencias es la de que los hijos de los políticos no viven integrados en su torno y optan por marchar al extranjero.

En cuanto a la *política* que, en pura teoría, constituye el ámbito del bien común, del sacrificio por los demás, se ha convertido, para los jóvenes, en la actividad más desprestigiada. La política es concebida por los jóvenes, como una actividad que permite esconder y disfrazar las transacciones dudosas, los robos de cuello blanco. De ahí que definan la política como el arte de la mentira que permite obtener ganancias egoístas. Por otra parte se considera la política como el lugar donde se exponen públicamente confrontaciones y combates injustificables. En definitiva la política es concebida, por los jóvenes de estas sociedades, como el arte de conquistar y, después, de guardar el poder adquirido.

Me atrevo a decir, con la autoridad que me confiere el haber presidido el Parlamento de la Transición Democrática en el Congo, que nuestros jóvenes carecen de buenos ejemplos entre nuestros políticos.

La vida *económica* traduce en la práctica la gran contradicción en que se debaten los países de África Central. Las enormes riquezas del suelo y del subsuelo de estas regiones contribuyen al paulatino empobrecimiento y, en consecuencia, a la delincuencia en la sociedad. La economía que no es algo diferente al arte de procurarse lo necesario para vivir se caracteriza, en este caso, por las transfusiones de capitales extranjeros, muy a menudo envenenadas, y por el arrinconamiento de las potencialidades locales.

Respecto a la *enseñanza* puede afirmarse que en los casos en los que se han logrado programas adaptados, han faltado los profesores. Existen profesores vocacionados pero, a menudo, no reciben su salario por haber decretado el Gobierno que la prioridad es la guerra. A la larga se imponen las necesidades inminentes y hace su aparición la cultura bélica que obliga a saquear para vivir.

En la *vida tradicional* africana resultaban decisivos los ritos de iniciación por los que se introducía a los jóvenes en la vida familiar y profesional. Aquellas personas reconocidas por su prestigio social enseñaban a los jóvenes los valores y conductas que habían de sancionar su incorporación al mundo de los mayores.

Hoy en día esta iniciación resulta inconcebible. Las aldeas se han despoblado y las capitales, es el caso de Brazaville en el Congo, cuentan con un tercio de la población total del país. En consecuencia son

los *mass-media* y la calle las que inician al joven ciudadano. Instituciones éstas que, movidas por intereses primariamente económicos, se abalanzan sobre los jóvenes que constituyen la mayor parte de la población y los convierten en presa fácil. El resultado es el de que el cine y la calle son las fuentes que conforman la cultura de la juventud.

¿Qué ocurre con los valores occidentales que introdujo la colonia y que se plasmaron en lemas como el de «*unidad-trabajo-progreso*» elegido como divisa en el Congo? Curiosamente ninguno de estos valores es citado por los jóvenes. Para la juventud el trabajo, tal y como se conoce en la práctica cotidiana, no constituye un valor.

Para los jóvenes lo decisivo no es el trabajo considerado de forma teórica sino la respuesta a preguntas de este tipo: ¿el trabajo de quién? No se considera el trabajo como valor humanizante porque perciben que los trabajos más válidos no están recompensados y, por otra parte, no se reconoce el valor de la excelencia. Perciben el trabajo como una ocupación o designación arbitraria que recae, a menudo, en sujetos incapaces que se apropian de puestos sin que se les exijan responsabilidades.

La institución *matrimonial* sufre hoy una transformación profunda. Ya no se negocia el matrimonio, como antaño, entre dos familias representadas en los novios que, por su parte, debían cumplir, necesariamente, con estos dos requisitos: capacidad de vivir o de procrear para el hombre y capacidad de concebir y de conservar la vida por parte de la mujer.

Hoy en día, por el contrario, los matrimonios se negocian en la escuela o en la calle. Se trata de una institución que ha escapado, también, al control de los mayores. El resultado es el encontrarse frente a matrimonios precarios que no están, a menudo, respaldados por la institución africana de la familia extendida.

Soy consciente de haber esbozado una situación abrumadora pero, a la vez, no quisiera que este cuadro realista ocultara las inmensas potencialidades de las que disponen estos países. En toda el Africa Central la juventud es mayoritaria y constituye junto al suelo y al subsuelo las grandes riquezas de que dispone esta inmensa región. Todo continúa siendo posible en estos países si se logra que cese la ingerencia extranjera sobre todo en lo que respecta al financiamiento de las guerras.

La *evolución de la juventud* hasta llegar a la situación actual ha recorrido una serie de etapas que conviene recorrer para mejor entender su realidad. En efecto, antes de la colonización estas regiones se carac-

terizaban, en lo que respecta a su vida social, por la tiranía de los mayores y ancianos que tenían en sus manos todo el poder social. Ellos hacían y deshacían amparados en la autoridad que les confería la experiencia y el conocimiento de las tradiciones.

La colonización permitió que las poblaciones del Africa Central tuvieran un contacto con el exterior. Se conocieron nuevas formas de pensar, de actuar y de vivir. Este contacto deslumbrante con bienes y riquezas desconocidos en aquellas regiones tuvo como consecuencia negativa el originar una nueva esclavitud: el mimetismo. Consecuencia que afectó, de manera especial, a la juventud que tendió a desmarcarse del cuadro tradicional y a imitar, de forma acrítica, los modos occidentales.

El establecimiento de las independencias nacionales desde los años 50 engendró un ambiente eufórico de alegría desmedida. Pero el júbilo duró poco tiempo. En lo que se refiere a los jóvenes, este período contribuyó a que progresivamente se instalase la sensación de desamparo en la juventud. Se perdieron los puntos de referencia y los jóvenes se encontraron divididos entre una tradición que, poco a poco, dejaron de conocer y dominar y un modelo técnico occidental frente al que se encontraban, también, en inferioridad de condiciones.

Finalmente, con la mundialización el Africa Central se ha convertido en uno de los teatros del planeta en los que se juega una nueva repartición de las zonas de influencia entre las grandes potencias que financian y gestionan los conflictos bajo la máscara de la ingenuidad y candidez. Los indígenas se convierten, en el marco de la mundialización, en títeres locales que, en complicidad con un exterior que les provee armas e ideología, participan del saqueo.

Una vez más la principal víctima es la juventud, de nuevo presa de todos los poderes, dependiente de sus mayores, por un lado, de la ideología tribal, por el otro, y ansiosa por procurarse la riqueza fácil que le deslumbra. En definitiva es un futuro muy incierto el que espera a la juventud de Africa Central.

Las causas profundas de la situación del Africa Central

En primer lugar hay que referirse al *miedo*. Miedo a perder el poder, miedo al fracaso, miedo al pasado y miedo al futuro. La sociedad en el Centro de Africa continúa atenazada por todos estos tipos de miedo que paralizan la posibilidad de cambios profundos.

El hombre que teme acaba sintiéndose solo y al descubrir su fragilidad se debilita, al mismo tiempo, su fe en la presencia omnipotente de Dios que dirige los hilos de la historia. Entonces comienza a crearse ídolos: por una parte el ídolo del *saber* que se muestra en una concepción monolítica de la política; por otra parte el ídolo del *haber* que se traduce en rapiña y, finalmente el ídolo del *poder* que conlleva lo obscuro y sanguinario. *El poder de servir se transforma en ocasión para servirse.*

El *miedo* del mañana crea un clima de incertidumbre que nos empuja a refugiarnos en futilidades pasajeras frente al futuro; nos hundimos en la droga o en el alcohol para intentar, en vano, el olvido. El *miedo*, sin embargo, no explica por entero la realidad centroafricana.

En segundo lugar hay que referirse al *egoísmo individual y colectivo, al egoísmo de los políticos*. Se ha desarrollado todo un arte para convertir en propios los intereses, las opiniones, las opciones de los otros y, de esta manera, se acaba subordinando los otros, todos los otros, a uno mismo.

Este *egoísmo* consiste, sobre todo, en relaciones establecidas sobre todo tipo de desigualdades: el más rico, el más conocido, el más fuerte es, siempre, el hombre de mi tribu. Poco o nada se tiene en cuenta el mérito, el derecho y la dignidad de la persona.

Se establecen compartimentos y divisiones de todos los tipos: étnicos, clánicos, regionales... Compartimentalización que implica mutua exclusión, antagonismo, rechazo del diálogo y que, de esta manera, instauran el odio y la solidaridad negativa. Esta es también una de las causas que explican la imposibilidad de establecer una verdadera democracia y que apuntan a un futuro incierto.

La suficiencia acaba por empeorar la situación de tal manera que, al final, no queda otra solución que el repliegue sobre sí mismo, el aislamiento. En definitiva el otro se convierte en amenaza lo que, en el mundo de la política, significa que la «oposición» no se entiende ya como elemento complementario y necesario sino como enfrentamiento.

Por otra parte hay que considerar también la *ignorancia* que llega hasta el oscurantismo. Las víctimas de esta *ignorancia* piensan, curiosamente, que lo saben todo, son, como afirmaba Aristóteles, «ignorantes satisfechos». Pero se trata de un oscurantismo peligroso porque abre las puertas a todo tipo de justificaciones frente a toda clase de crímenes.

Finalmente la *codicia* que ha alcanzado un nivel inimaginable en las zonas afectadas por la guerra. Una codicia que se muestra, sobre todo,

en el ámbito político y que coloca, automáticamente, bajo sospecha toda actuación o intervención política. En efecto, la codicia mostrada, una y otra vez, por la clase política ha tenido como consecuencia la pérdida total de credibilidad de aquellos que se supone son diputados para la defensa del bien común.

Siendo así que, de una manera especial y en estos momentos, en Africa Central la vida de las poblaciones depende muy a menudo de los políticos, resulta descorazonador el constatar cómo resulta imposible que los hombres públicos se limiten a respetar algo tan evidente como: no matarás, no robarás, no mentirás.

Conclusión

Quiero referirme de nuevo a mi experiencia como Presidente del Parlamento del Congo para que se entienda el calado de la conclusión a que he llegado cuando pienso en una solución que devuelva el ánimo y la esperanza a todos estos países de Africa Central.

Pienso que lo primero y más necesario es una *espiritualidad encarnada*. Cuando después de haber vivido desde dentro el mundo intrincado, oscuro, egoísta de la política releía en el Evangelio las mismas palabras que, en otro tiempo, no me producían un impacto especial, ahora sí esas palabras recobraban su densidad y entendía todo el trasfondo que encerraban.

Había sido necesario el rodeo que me había permitido ser espectador de las estrategias políticas para entender la profunda verdad escondida en las palabras de Cristo: «*Sin mí nada podéis hacer*».

Perdido y ahogado entre palabras, promesas, mentiras, amenazas y maniobras políticas que me hacían sentir la debilidad y marginalidad de mi posición entendía sin dificultad cómo «*los hijos de este mundo son más agudos en los asuntos terrenales que los hijos de la luz*». Quienes no paran en mientes frente al asesinato y el robo reflexionan con más agudeza para alcanzar sus objetivos que quienes se mantienen al margen de lo político.

Los cristianos han abandonado la política y, de esta manera, no son fieles al mandato de Jesús: «*os dejo en el mundo*». La solución a nuestros problemas pasa por el compromiso político de los cristianos que han de encontrar la forma de ser sal y levadura en una sociedad corrupta.

Nos toca a los cristianos mostrar con el ejemplo y con el compromiso cómo tan sólo el camino de la no-violencia puede acabar con todos los falsos valores que se han ido generando en un ambiente corrupto y en un clima bélico. Tan sólo a través de la no-violencia podrán establecerse los verdaderos valores humanizantes.

Las sectas nos han tomado, no pocas veces, la delantera en Africa y se han apoyado, parcialmente, en algunas verdades para destruir la fe y, sobre todo, sembrar la división entre la población. Mejor financiadas que las Iglesias, a través de ayudas que llegan de Norteamérica, las sectas son utilizadas para desestabilizar a las Iglesias cristianas e impedir, de esta manera, que estas últimas pudieran convertirse en obstáculo para los intereses geopolíticos de las grandes potencias extranjeras.

La solución pasa por redescubrir el significado de la *verdad*. Cuál sea la verdad del hombre nos ha sido descubierto por Cristo al mostrarnos la verdad de Dios. Nos hacen falta hoy cristianos que nos prediquen esta realidad sin ningún tipo de condicionamientos, sin coacciones, que nos muestren la verdad pura y simple.

La vida abundante que nos trajo Jesús es la que se nutre del amor de Dios. Necesitamos que nos enseñen el amor y la única institución habilitada para esta delicada tarea es la familia. Sólo el amor será capaz de abrirnos al otro y de descubrirlo como complemento necesario para nuestra realización personal.

La familia resulta un elemento clave para encontrar la solución a la desgarradora situación por la que atraviesan estos países destrozados por las guerras y la corrupción. Pero, la familia tan sólo podrá convertirse en escuela de vida y en crisol de valores humanos cuando logre mostrar cómo el amor es apertura, ofrecimiento que se expresa en la ternura, en la abnegación gratuita y en el perdón.

No lo afirmo como pastor sino como antiguo observador privilegiado de la vida política de mi país en sus más altas esferas: sin amor acabamos destruyéndonos y nuestras actividades y esfuerzos acaban comercializándose.

Es necesario que la enseñanza del amor iniciada en la vida cotidiana de la familia se continúe en la escuela cuya misión es la de madurar con paciencia al joven a través del aprendizaje de los valores fundamentales que le permitan, más tarde, contribuir en la creación de una nueva sociedad.

En definitiva y para terminar quiero subrayar que no todo está perdido para la juventud, existe la posibilidad de cambiar la situación actual pero dicha posibilidad depende de nosotros, los mayores. Es preciso saber olvidar la noche del pasado y confiar plenamente en el futuro.

Necesitamos, ante todo, familias que sepan inculcar los valores cristianos fundamentales y escuelas que sepan transmitir la fe y las habilidades técnicas necesarias para poder vivir gracias a un trabajo que nos dignifique. Este es el camino por el que África volverá a pertenecer a los africanos.